

## AMÉRICA LATINA: LA CIUDAD NEGADA

Livingston Crawford, Pamela Flores

### **LIVINGSTON CRAWFORD**

COMUNICADOR SOCIAL, ESPECIALISTA EN GESTIÓN CULTURAL.  
INVESTIGADOR DEL GRUPO PBX COMUNICACIÓN Y CULTURA,  
UNIVERSIDAD DEL NORTE, BARRANQUILLA (COLOMBIA) Y DE LA  
ASOCIACIÓN DE COMUNICADORES CALANDRIA, LIMA (PERÚ).  
DOCUMENTALISTA  
livingstone@calandria.org.pe

### **PAMELA FLORES**

INVESTIGADORA DEL GRUPO PBX COMUNICACIÓN Y CULTURA,  
UNIVERSIDAD DEL NORTE, BARRANQUILLA (COLOMBIA).  
CANDIDATA A DOCTOR EN ESTUDIOS CULTURALES, UNIVERSIDAD  
DE SEVILLA.

Dirección: Universidad del Norte, Km 5 vía a Puerto Colombia,  
A.A. 1569 (Barranquilla, Colombia).  
paflores@uninorte.edu.co

## RESUMEN

Este ensayo hace un recorrido histórico sobre los significados que visibiliza la estructura urbana en América Latina desde la Colonia hasta el presente. Partiendo de la separación entre lo rural y lo urbano heredada del mundo colonial, el ensayo muestra las alteraciones que en la gramática urbana y en el imaginario simbólico, produce la explosión urbana de los años sesenta del siglo pasado, lo que constituye una noción deteriorada de espacio público como signo de la ciudad negada, y la posterior conceptualización del espacio público, durante los noventa, como espacio de la diversidad. Al establecer un vínculo entre las perspectivas políticas y económicas de los diferentes momentos históricos de América Latina y la gramática espacial de la ciudad, los autores afirman que esta relación produce un texto que posibilita la comunicación (o incomunicación) entre los ciudadanos y el Estado.

**PALABRAS CLAVE:** Ciudad, ciudadanía, espacio público, diversidad; América Latina.

## ABSTRACT

*This essay makes a historical approach to the meanings made visible by the urban structure in Latin America from the Colony to the present. Beginning with the inherited separation between the rural and the urban worlds since the Colonial Period, the essay shows the changes in the urban grammar and in the symbolic imaginary due to the urban explosion of the Sixties, during the past century, creating a deteriorated concept of public space as sign of the denied city, and the later notion, during the 90,s, of public space as space of diversity. When establishing a bond between the political and economic perspectives of the different historical moments in Latin America and the spatial grammar of the city, the authors state that this relation produces a text that makes communication (or incommunication) possible between the citizens and the State.*

**KEY WORDS:** *City, citizenship, public space, diversity, Latin America.*

## INTRODUCCIÓN

En la actualidad, el 45% de los seres humanos habita en ciudades. Para mediados del siglo, todo apunta a afirmar que esta cifra habrá aumentado drásticamente; y que, con ella, habrá aumentado también la diversidad cultural de las ciudades debido a factores ligados a la pobreza, la violencia, el desempleo, la economía de mercado, las guerras. Esta diversidad cultural estará ligada, entonces, a la diversidad material, es decir, a la diferenciación económica, social y política que no es ni ha sido nunca ajena a la diversidad cultural.

La diversidad cultural no es nueva. Es un factor inherente a la ciudad mercantil aparecida a finales del siglo XI y, como tal, un aspecto constitutivo del hecho urbano. Procedentes de los más diversos orígenes, los habitantes de las ciudades de finales de la Edad Media concibieron la ley de la ciudad como el conjunto de normas que, por encima de las diferencias étnicas, religiosas o sociales, creaba un sentido de pertenencia con la ciudad. Así, por ejemplo, la Carta de Arras, en 1194, declaraba que un forastero “después de permanecer libremente y sin oposición durante un año y un día, será burgués y tendrá la ley de la ciudad”, lo cual implicó una nueva noción de identidad asociada a lo urbano y una nueva ética que, con el transcurrir de los siglos, denominaríamos ética civil, ya no asociada a factores religiosos o culturales sino al cumplimiento de unas leyes y normas que reglamentaran la convivencia ciudadana y la actividad mercantil.

Sin embargo, esta ética civil, al ignorar la diversidad cultural, también ocultó a la gran cantidad de individuos y de grupos que dejaba por fuera. La ética civil derivada de los principios liberales fue burguesa: blanca, masculina y cristiana. Sólo, a partir de la década de los sesenta del siglo pasado, se fue generando en Europa y Norteamérica una nueva noción de lo público y una ética ciudadana que incluyera a todos los grupos de la nación. Para finales del siglo XX, en la mayoría de las ciudades del Primer Mundo se podía constatar, a través de la materialidad de la ciudad, la existen-

cia de niveles mínimos de bienestar para todos sus ciudadanos y se logró que la brecha existente entre los más pobres y los más ricos se redujera ostensiblemente. Simultáneamente, un cinturón multicolor de miseria que replica, con materiales del mundo desarrollado, la marginalidad de los tugurios y *favelas* del Tercer Mundo, ha ido apareciendo en las ciudades del mundo desarrollado. Un cinturón conformado por árabes, hispanos, europeos del Este, chinos, que configura pequeñas ciudades dentro de las ciudades y está conformado por individuos o colectividades que acceden a la ciudadanía de manera precaria porque, en muchos casos, su ejercicio no les ha estado permitido en sus sociedades de origen y en la sociedad que los acoge no tienen derechos plenos. Al mismo tiempo, en las ciudades del Tercer Mundo, los tradicionales cinturones de miseria se hacen mayores y la distancia entre los más ricos y los más pobres supera en mucho a la existente en los países industrializados<sup>2</sup>.

La diversidad cultural es sólo una de las formas de diversidad que caracteriza las ciudades contemporáneas. Son la diversidad económica, educativa, política y social las que imponen serias restricciones al ejercicio de la ciudadanía y de una ética civil, lo cual no impide establecer la estrecha relación entre identidades culturales y marginalidad política, económica o social. Pero mientras muchas de las democracias del Primer Mundo se esfuerzan por estimular el surgimiento de una ciudadanía multicultural, en América Latina apenas se inicia el proceso de promover una noción básica de ciudadanía que permita a los habitantes conocer, reconocer y ejercer los derechos y deberes inherentes a su condición de habitantes de la ciudad.

¿Cómo construir una noción de derechos democráticos compatible con la diversidad? Esta pregunta ya compleja para las naciones que han desarrollado una noción y unas prácticas democráticas, se hace más difícil en la tradición de América Latina donde la democracia se ha definido desde la capacidad de los gobiernos para otorgar garantías de seguridad y mercado a los países industrializados y a

<sup>2</sup> Según los informes del Banco Mundial, América Latina es la región más desigual del planeta.

las clases dirigentes, y no desde la capacidad para otorgar garantías constitucionales a los ciudadanos y representar sus intereses.

## **DEL ESPACIO RURAL EN LAS SOCIEDADES HISPÁNICAS AL CINTURÓN DE MISERIA EN EL MUNDO MERCANTIL: LOS ESPACIOS DEL OTRO**

En América Latina, el proyecto urbano fue, desde el principio, excluyente. Las ciudades hispanas en América fueron fundadas como parte de un proyecto que no era el de los pueblos que allí vivían y cada una, según sus especificidades, recibió una función en ese proyecto y generó mecanismos propios, según los diversos grupos sociales que fueron involucrados en cada circunstancia específica. Sin embargo, lo común a todo el proceso fue la conciencia de que había dos mundos claramente diferenciados e irreconciliables: el mundo urbano asociado a lo hispánico y, en consecuencia, al poder; y el mundo rural que no se sentía participante y que, en consecuencia, desarrolló unas prácticas culturales y políticas asociadas más con representaciones y simbologías vinculadas a la resistencia y la supervivencia, que con sentidos vinculantes hacia objetivos comunes.

De este modo, la ciudad hispánica engendró lo rural como el espacio del otro, lo cual condujo a que los grupos rurales del continente no pudieran enunciar un discurso de su propio espacio ni pudieran acceder a una noción de espacio público desde donde construir una ética civil.

Hacia finales del siglo XVIII, el impacto del mundo burgués y mercantil alteró las coordenadas simbólicas del mundo hispánico. Ello, en conjunción con las guerras de Independencia permitió, transitoriamente, la incorporación del mundo rural a la escena urbana. La fusión entre las burguesías criollas, los grandes hacendados que habían adquirido sus fortunas durante las guerras en contra de la Corona, los comerciantes que aprovecharon las ventajas del mundo mercantil y, más tarde, hacia finales del siglo XIX, los comerciantes europeos, creó grupos de poder en las ciudades que excluyeron, una vez más, al vasto universo rural (Flores, 2004).

Desde la Revolución Industrial, la ciudad en Europa se convirtió en signo de progreso. Las ciudades de América Latina se configuraron para satisfacer este modelo político y económico. Pero el progreso sólo debía satisfacer las necesidades de una minoría, y una diversidad de bancos y empresas extranjeras crearon el ilusorio espectáculo del desarrollo. Las empresas de capital extranjero comerciaban, según la zona, con café, cereales, caña de azúcar, plata o salitre. Y eran estos mismos intermediarios nacionales quienes hacían las leyes, redactaban los decretos y tomaban las decisiones políticas. Se creó así una noción de lo público asociada a los intereses privados de grupos minoritarios, que agenció una apatía urbana en todas las clases sociales que se convertiría en impedimento del surgimiento de una ética civil.

Para mediados del siglo XIX, los grupos burgueses de América Latina, deseosos de rivalizar con las clases dominantes de las potencias mercantiles, construyeron residencias inspiradas en palacios franceses o en villas italianas y mejoraron el entorno urbano de sus barrios utilizando su poder político. Igualmente, concibieron las avenidas, plazas, lugares de veraneo y teatros como sitios de exhibición de su poder y la abigarrada multitud de otros que conformaba las clases populares pasó de la miseria rural a la miseria urbana ocupando las zonas más alejadas de la ciudad.

El crecimiento desaforado de esta masa urbana no fue percibido por las clases dirigentes. Éstas ignoraron, o fingieron ignorar, que junto a la ciudad que crecía, según los modelos de las capitales europeas, resignificados por las tradiciones hispánicas y por los sentidos que les daban los antiguos grupos rurales ahora insertos en las dinámicas urbanas, se configuraba un espacio invisible, no-significante, no-situado, que crecía en forma incontrolada y caótica a lo largo de todo el siglo XX. Pero hacia mediados del siglo, ese espacio, en razón de su tamaño desbordado, no pudo ser ignorado y hubo finalmente que nombrarlo: las *favelas* en Brasil, las *barriadas* en Perú, los *barrios pirata* en Colombia o las *ciudades perdidas* en México, designaban un universo simbólico ajeno, desarticulado, incluso aterrador, que llevó a decir a Levi- Strauss que mientras “cier-

tas ciudades de Europa se adormecen dulcemente en la muerte, las del Nuevo Mundo viven febrilmente en una enfermedad crónica”. Cuando esa “enfermedad crónica” se tornó inocultable, los nombres con los que se nombró se convirtieron en las primeras marcas de la disyunción entre el reconocimiento y el desconocimiento.

Ansiosas de insertarse en la economía de la Europa mercantil, las burguesías de América Latina crearon universos simbólicos que tejieran vínculos con Francia o con Inglaterra (que eran quienes podían legitimar su poder y vincularlos con los medios de producción) no con los sectores marginales de sus respectivos entornos. La sociedad crecía, se hacía más compleja y diversa, pero los relatos del poder no convocaban a una identidad nacional ni al fortalecimiento de los vínculos entre los diversos y móviles grupos sociales. En consecuencia, el espacio público, tampoco fue una prioridad. La gramática urbana comunicaba unas articulaciones entre más o menos iguales, que establecían sus vínculos territoriales en el interior de la ciudad visible y unos límites excluyentes que debían acatar los habitantes de la “otra ciudad”, la invisible, marcada por el vacío de poder, de bienestar y de símbolos que la vincularan a un proyecto común. De esta manera, la gramática del espacio público no tendía a validar las prácticas sociales ni a crear la percepción de un proyecto colectivo. Las consecuencias éticas de estas prácticas fueron la indiferencia y un individualismo exacerbado que construyó una noción de lo público como el espacio de la disputa social y de la preeminencia del interés particular sobre el colectivo.

## **EL ESPACIO PÚBLICO COMO SIGNO DE LA CIUDAD NEGADA**

Por ello, cuando los habitantes de la ciudad oculta se introdujeron en la ciudad, su ingreso fue asumido como una agresión. La gramática espacial se fragmentó; las coordenadas simbólicas se difuminaron y los usos sociales se alteraron. La invasión fue física, pero también simbólica. Los símbolos de la miseria ocuparon la ciudad y una ruralidad desarraigada ejerció su derecho al uso urbano desde los símbolos de la exclusión. En consecuencia, para los

antiguos habitantes, la ciudad era ahora un espacio incómodo, inhabitable.

Incapacitada para construir símbolos comunes, la burguesía emprendió una retirada táctica hacia sitios específicos y protegidos de la ciudad. La mayoría de los centros urbanos se abandonaron. A veces, aparecían sectores “exclusivos” marcados por altas torres o imponentes edificaciones como las “Torres del Silencio” en Caracas o el “Edificio Bavaria” en Bogotá que, aislados de su entorno, advertían que no eran parte del contexto, que no se articulaban a lo que les rodeaba, solitarios, vertidos hacia lo alto para mostrar sus vínculos con el poder. Nació así la ciudad negada. Porque, en la medida en que los espacios públicos se signaron con la carencia, y las clases dirigentes se refugiaron en una gramática espacial fragmentada, el caos se instauró en las relaciones urbanas y marcó lo público como el espacio que no pertenecía a nadie.

Cuarenta años después, América Latina debe enfrentar que el modelo político y económico construido ha generado ciudades caóticas, donde la miseria ocupa muchas veces el 50 o 60% de la ciudad. Las democracias que durante décadas se acogieron a los planes del liberalismo económico sin reinvertir en el bienestar de los ciudadanos, deben hoy someterse a los dictámenes de un mundo neoliberal que les exige unos saberes y unas prácticas para las cuales no están preparadas.

Un pobre manejo del Estado y unas prácticas establecidas de corrupción política y administrativa a lo largo del siglo XX, culminaron en la frágil situación de los Estados de América Latina a inicios de éste. Estos Estados, útiles en el pasado para mantener intactas las estructuras que permitían las prácticas económicas de un capitalismo necesitado de materias primas, no tenían ya un papel que jugar en el panorama económico mundial de la economía neoliberal. La noción de Estado mínimo impuesta a las democracias de América Latina, como una manera de contrarrestar los altos costos de un Estado que ya no se puede financiar y de eliminar lo que se considera un obstáculo para que las leyes del mercado se desarrollen sin contratiempos, tiene la consecuencia de eximir al



Estado de una de sus funciones fundamentales: diseñar e implementar políticas públicas que garanticen la consolidación del ejercicio responsable de la ciudadanía. En el Estado mínimo, el poder legislativo asume la tarea de construir las normas para generar nuevos ingresos a través de cargas impositivas que deberá asumir el ciudadano, y configura la puesta en escena de un ejercicio jurídico intrascendente que, en una vuelta sobre sí mismo, termina justificando la débil estructura de poder del Estado.

En este nuevo contexto, el Estado en América Latina elabora planes de desarrollo urbano que solo podrán cumplirse en una mínima parte. Y que cuando se cumplen, hipotecan las ciudades, es decir a sus habitantes, durante varias generaciones. Y, además, impone una nueva visión del espacio público la cual, tomada del concepto clásico de la ciudad liberal, intenta reducir los descontentos que generan las diferencias sin tener los suficientes recursos para ello. De ahí que uno de los riesgos sea que las grandes obras de infraestructura urbana terminen comprometiendo la calidad de vida de los habitantes en el futuro.

## EL ESPACIO DE LA DIVERSIDAD

¿Qué papel juegan en este escenario político el reconocimiento de la diversidad cultural y el redimensionamiento de la ciudad? ¿Cuáles son las implicaciones de ello para el fortalecimiento de una ética civil?

Si la ciudad se entiende como el espacio donde la diversidad debe encontrar los medios para expresarse, y una ética ciudadana multicultural como el ejercicio del reconocimiento de los valores de aquellos grupos a los cuales uno no pertenece, es indispensable que la ciudad integre los elementos físicos y simbólicos que representen una “ciudad para todos”. Es decir, que el reconocimiento cultural de las minorías tiene que traducirse en políticas y en inversiones públicas que dignifiquen la vida de las comunidades marginadas, con el fin de que puedan desarrollar una noción responsable de lo público y practicar una ética civil. Por tanto, sin inversión

económica y sin voluntad política, el reconocimiento cultural se convierte en un espectáculo multicultural que oculta las desigualdades detrás del velo de la equidad cultural.

Un universo de derechos democráticos compatible con la diversidad debe contribuir a abolir los significados del diferente como el extraño y del otro como el diferente. En lugar de eliminar de la esfera pública el trasfondo cultural, debemos entender las expresiones culturales como parte de un universo simbólico común. En cuanto texto, la ciudad en sí misma debe simbolizar esta idea. Esto implica generar las condiciones para proporcionar a cada comunidad los medios para satisfacer las necesidades materiales de una vida buena, con el fin de eliminar la relación entre otredad cultural y pobreza y crear la materialidad urbana simbólica que represente la diversidad como parte de un espacio común. Como afirma Sharon Zukin (1995:24). “La creación de una cultura pública involucra tanto la estructuración del espacio público para la interacción social como la construcción de una representación visual de la ciudad. La decisión sobre quienes ocupan el espacio público se toma, con frecuencia, con base en negociaciones sobre la seguridad física, la identidad cultural y las comunidades sociales y geográficas. Estos asuntos han sido el centro de ansiedades urbanas durante siglos. Sin embargo, son significativas hoy debido a la complejidad y diversidad de las poblaciones urbanas”. De ahí que, según la autora, la reorganización cultural se haga visible en tres cambios fundamentales: el cambio de imágenes locales a globales; de instituciones privadas a públicas y de comunidades más o menos homogéneas a comunidades más diversas.

Pero, en este contexto, las contradicciones inherentes al liberalismo económico dificultan una teoría liberal de la diferencia. La conciencia de que la miseria es éticamente inaceptable es hoy mayor que en el pasado, tanto en los países industrializados como en los de América Latina. Ello conduce a que los planes y programas atiendan preferentemente a los sectores sociales más vulnerables o menos favorecidos. Así, se han iniciado programas preventivos de salud, programas de capacitación y construcción de ciudadanía,

programas de atención a grupos sociales específicos como niños, mujeres o discapacitados; programas de empleo o de mejoramiento barrial. Muchos de estos programas cuentan con financiación de las economías del Primer Mundo. Pero ello no hace sino convertir a los Estados de América Latina en instancias que conciben sus proyectos esperando que un Estado benefactor los ponga en marcha, asumiendo el papel de organizaciones no gubernamentales no de Estados con autonomía y capacidad de determinar su futuro.

De esta manera, la quiebra del Estado nación tiene implicaciones distintas en el Primer Mundo que en Latinoamérica. Y también el consiguiente redimensionamiento de la ciudad. Porque, si la ineficiencia del Estado, durante décadas, confirmó la noción de lo rural como lo excluido, como lo no marcado por el Estado, la violencia y la miseria en los campos se tradujo en una permanente migración a las ciudades.

Estas ciudades reciben a estos grupos con lo peor de sí mismas: la ausencia de servicios públicos, la falta de trabajo, la carencia de proyectos de vida. Esta es la diversidad de las urbes de América Latina. Promover una ética ciudadana en medio de la lucha por la supervivencia diaria es una tarea contradictoria. Y sin embargo, necesaria. Porque es en la ciudad donde los hombres, desde hace diez siglos, han aprendido a enfrentar la diversidad y es en la ciudad hoy, donde esta tarea continúa vigente. La materialidad de la ciudad configura la imagen que de ella tienen sus habitantes y ésta determina el tipo de vínculos con el Estado. Y son éstos, los que determinan la calidad moral de las acciones públicas y la responsabilidad de la ciudadanía en una democracia.

La noción de democracia es un logro indiscutible del pensamiento occidental. Y no hay teoría que haya superado la racionalidad del proyecto liberal de equidad y justicia. Paradójicamente, el liberalismo económico se convierte en el peligro principal del liberalismo político. Y la debilidad de los Estados del Tercer Mundo en un medio para fortalecer una ciudad que no es ya el ideal de la ciudad donde todos sean y donde el Estado busque la dignificación del individuo, sino una ciudad en la cual la responsabilidad social

del Estado se diluye tras el espectáculo multicultural de la diferencia.

Los recientes ensayos de Estados más fuertes en América Latina son un intento por construir, en el contexto del actual liberalismo económico, una noción de lo público en la cual es el Estado el que asume garantizar a los ciudadanos una vida digna. De Chávez a Kirchner o de Morales a Lulla o Bachelet, lo que se ha denominado “renacimiento de la izquierda” tiene en común en sus diversas versiones —a pesar de las evidentes diferencias— instaurar un punto de partida para la reconstrucción de unos Estados debilitados, con el fin de que América Latina pueda participar en el concierto mundial no como receptora de “ayudas” sino como voluntad política que define, desde el poder, el sentido de lo público y que se compromete con sus ciudadanos en la consecución de un orden material más sólido y autónomo, acorde con los principios de un liberalismo político que los anteriores gobiernos liberales del continente no asumieron al someterse a los dictámenes de los correspondientes estadios del liberalismo económico mundial. Por distintos medios, la nacionalización del gas en Bolivia y la propuesta de recuperación de Aerolíneas Argentinas, que acaba de cerrar con la compra del 3.5% de la compañía por parte del Estado, tienen no sólo el mismo presupuesto político sino el mismo valor simbólico. Así cubrió la noticia la revista *Fortuna* en su edición del 29 de junio pasado:

“El destino de Aerolíneas Argentinas —que fue creada en 1950 como empresa del Estado— parece atado al envión reestatizador que también comprende Aeropuertos Argentina 2000 (el Estado controlará el 40% de la concesionaria) y tuvo como antecedentes las rescisiones del Correo, de la controladota del espacio radioeléctrico Thales, de los Yacimientos Carboníferos de Río Turbio, de la línea ferroviaria San Martín y de Aguas Argentinas, que devino en AySA.”


La noción de Estado mínimo tiene un sentido diferente en América Latina y en el Primer Mundo y, en consecuencia, la aplicación del modelo liberal, primero, y neoliberal, después, tuvo efectos distintos en Estados Unidos y Europa y en nuestros países. El éxito o

fracaso del proyecto de una mayor autonomía política y económica en la región y de fortalecimiento del Estado dependerá, por una parte, de que los Estados del Primer Mundo puedan aceptar una América Latina liberal y democrática que no tenga que incurrir en extremismos para tomar unas decisiones que muchas veces no coinciden con los intereses del Primer Mundo. Y por el otro, de la construcción por parte de los diferentes Estados de una verdadera ciudadanía multicultural, que inserte a los habitantes de nuestras naciones en el contexto mundial del ciudadano liberal contemporáneo desde su propia historia y desde una visión positiva de la diversidad. Porque mientras existan datos como los aceptados recientemente por la UNICEF de 8 millones de niños trabajando en el mundo, de los cuales el 1.5 millones están en la Argentina; 11.000 menores, según Human Rights Watch, combatiendo en Colombia, en donde hay 7 millones de niños en la pobreza; un 90% de niños indígenas en el Ecuador viviendo en la pobreza; o el 15% de los niños de América Latina sin un registro civil que los acredite como ciudadanos de sus respectivas naciones (UNICEF) para citar algunas cifras como ejemplo, una futura ciudadanía multicultural no es posible a menos que se consolide la construcción de Estados fuertes que puedan imponer en el concierto mundial medidas internas que favorezcan a las mayorías.

Si esto es así en el futuro, las ciudades lo expresarán en su materialidad. En la ciudad del liberalismo político, los espacios públicos son incluyentes, la ciudad es accesible a todos y la estructura urbana está dispuesta para la cotidianidad. En la ciudad del liberalismo económico, la ciudad se fragmenta para segregar a los habitantes, los espacios se hacen inaccesibles y la estructura urbana está dispuesta para el espectáculo de la diferencia la cual puede concretarse tanto en forma de miseria como de “World Music”, dos caras de un idéntico principio de marginación.

En América Latina, Bogotá se ha constituido en ejemplo de reconstrucción urbana desde lo físico y lo simbólico para significar una ciudad incluyente. Igualmente, el proceso de recuperación del centro de Lima, como espacio no para el espectáculo sino para la

vida diaria, es un ejemplo de hacia dónde deberían apuntar los planes de reconstrucción de las ciudades, en general, y de los centros históricos, en particular, para integrar esa otredad diversa marginada de lo urbano en las sociedades de América Latina. La tarea es inmensa, pero posible: son siglos de olvido los que se escenifican en la precariedad de nuestras ciudades. Pero también son siglos de aprendizaje durante los cuales los latinoamericanos hemos experimentado las terribles consecuencias de las diferencias.

El ensayista peruano Sebastián Salazar Bondy (1964:60) escribía en la década de los sesenta: “El medio natural influye en los hombres y los hombres le replican en urbanismo y arquitectura. En el intercambio, lo humano que es lo que nos interesa, queda inscrito documentadamente”. La ciudad es un texto, un documento que narra nuestra visión del otro, nuestra voluntad de aceptarlo o excluirlo, de reconocer su derecho o de negarlo. ¿Qué dejaremos “inscrito documentadamente” en nuestras ciudades para los habitantes del futuro? Si nos lo proponemos, tal vez, algún día, nuestros museos urbanos tendrían fotos y réplicas de tugurios, favelas o barriadas en las que los sorprendidos visitantes verían con horror cómo vivían millones de latinoamericanos en el pasado. Y sería difícil creerlo porque los signos de la marginalidad estarían ocultos detrás de los nuevos signos de la inclusión. 

## REFERENCIAS

- Flores, P. & Crawford, L. (2003, agosto). La posmodernidad o la puesta en escena de la minoría (de edad). *Eidos*, 1, p.63 - 76.
- Flores, P. (2004) *La ciudad europea o los desplazamientos del centro*. Barranquilla, Colombia: Ediciones Uninorte.
- Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural*. Buenos Aires: Paidós.
- Romero, J. L. (1976) *América Latina, las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Salazar Bondy, S. (1964). *Lima la horrible*. México: Ediciones Era.
- Sartori, G. (2001). *La sociedad multiétnica*. Madrid: Taurus.
- Taylor, CH. (1993). *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zukin, S. (1995). *The culture of cities*. Cambridge: Blackwell Publishers.